

## Fundamentos antropológicos de ética racional (II)

**Antonio Orozco Delclós**

*Dr. en Filosofía y Teología*

Continuamos nuestras reflexiones iniciadas en el capítulo anterior acerca de la persona y su dignidad, con objeto de dar con el fundamento sólido sobre el que poder edificar una ética consistente por su base y coherente en su discurso lógico. Es de advertir que aunque aquí se viertan expresiones acuñadas en el lenguaje cristiano, no es porque resulten indispensables para sostener los argumentos sobre el valor de la persona y su dignidad, sino porque en rigor son conceptos que cualquiera puede extraer del conocimiento natural espontáneo de la realidad. Sin embargo no sería justo ocultar que el pensamiento cristiano con términos decantados a lo largo de siglos de reflexión está en el origen de las nociones occidentales de "persona", "libertad" y "dignidad".

Fuera del cristianismo, como atestigua la Historia, no se han desarrollado estos conceptos, al menos con la fuerza y el vigor, el fundamento y alcance con que se ha hecho en el mundo informado por el pensamiento cristiano. Ahora nos toca considerar algunas de las características más relevantes de la persona que fundamentan y explican la dignidad que tanto y con tanta razón se invoca, pero a menudo con escasa convicción o fortuna.

### **La antropología metafísica**

Insisto ante todo en que la pregunta antropológica específica y radical no es qué

hace, o qué parece ser el hombre, sino justamente qué es. A lo primero pueden responder la física, la anatomía, la biología, la sociología y otras ciencias empíricas o fenomenológicas, cada una a su manera. Pero dar cabal respuesta a la pregunta por el qué del hombre, sólo puede hacerlo la ciencia que pueda "ver" mas allá de todo lo físico y fenomenológico, ha de ser una antropología estrictamente meta-física, es decir, una disciplina que partiendo como las ciencias empíricas, de los datos que ofrece la experiencia inmediata, sin embargo argumente de un modo puramente racional hasta dar con la dimensión trascendente del ser humano, sin la cual, en puridad, no hay hombre ni persona en el sentido profundo de estos términos. La ciencia capaz de ello es lo que la gran tradición filosófica de Occidente ha llamado desde hace 24 siglos, Metafísica (literalmente, "más allá de la física", pero no opuesta, ajena o en conflicto, sino distinta por su óptica y método). La razón sólo de modo metafísico puede desvelar su propia dignidad y la del sujeto que la ejerce. O, si se prefiere, habrá de ser una antropología de índole metafísica, por su método y por su alcance.

Las ciencias particulares, abordan al ser humano desde perspectivas muy ilustrativas, pero siempre sectoriales. Por ejemplo, la psicología experimental estudia el aparecer de los actos de inteligir y de querer, de elegir y de amar; alcanzan su aparecer, pero no "ven" -porque no cuenta con un instrumento adecuado para ello el inteligir mismo, el querer mismo, la decisión misma, en su brotar del núcleo personal, del fondo del alma humana. Por eso no alcanza a descubrir la esencia de las facultades intelectuales (entendimiento y voluntad) y menos aún el alma humana y el

constitutivo formal de la persona, cuya dignidad permanecerá para ellas siempre insinuada, pero también velada. La antropología metafísica debe andar por senderos tan lejanos de las divagaciones líricas o crematísticas a lo Carl Sagan sobre la condición o situaciones humanas, como del particularismo propio de las ciencias empíricas.

La antropología metafísica ha de preguntarse por lo específico del "ser" humano; por aquello que esencialmente le defina. Y operar sobre la base de experiencias rigurosas, con sus propios métodos: la inducción, la deducción y la abstracción. Ha de emplear todo el rigor de la lógica, para no quedarse en un nivel de aficionados que discurren sobre la mera superficie de las cosas sin tocar jamás fondo.

El punto de partida de la antropología metafísica han de ser experiencias inmediatas, íntimas, redescubiertas al margen de la rutina habitual, que es cuando lo habitual resulta tan asombroso como ilustrativo.

### **La experiencia del Yo**

Un punto de partida válido es, entre otros, la experiencia rigurosa del yo. En cierto momento me descubro diciendo "soy yo". Me preguntan "¿quién llama, quién es? Y respondiendo "soy yo" (si soy conocido en la plaza, con eso basta). Pero ¿quién es ese "yo"? ¿Qué significa la palabra "yo"? Dices que eres tú, pero ¿quién es tú? ¿Qué quiere decir esto que parece ser una tautología: "yo soy yo"?

### **Mismidad y alteridad**

Por de pronto quiere decir que "yo no soy tú, ni ningún otro". Yo soy lo "otro" que tú, y tú eres lo otro que yo. "Yo" connota tanto mismidad como alteridad. Tú y yo somos

"yoes" y en esto coincidimos: en el modo de ser, en la naturaleza o esencia; pero hay algo en lo que diferimos radicalmente, que es lo que se ha llamado acto de ser. El acto de mi ser o lo que me hace ser en acto es justamente lo que me hace ser yo y es radicalmente mío y de nadie más. Mi existencia, en efecto, se manifiesta incomunicable, como mismidad. Yo soy radicalmente otro respecto a todo lo demás. En el diálogo con las demás "personas" me experimento como una radical alteridad. Nadie puede decir yo en mi lugar ni yo puedo decirlo en lugar de otro. Pues bien, al que puede decir "yo" con el sentido expuesto, no como un papagayo le llamamos "persona". La mismidad es una característica de la persona: el "ser sí mismo". "Mismidad" y "alteridad" son términos correlativos.

### **Identidad**

Reflexionando sobre el contenido de la expresión "yo soy yo", se advierte enseguida una identidad entre sujeto y predicado, pero sólo es verbal, no semántica. El "yo sujeto" es el mismo que el "yo predicado". Pero no estoy expresando una tautología, como cuando digo "la mesa es la mesa". Tampoco se trata de una identidad sincrónica, porque al decir "(yo) soy yo" quiero decir que el "yo" del que estoy hablando no es sólo el que ahora habla, sino el mismo "yo" de ayer y de siempre, a pesar de la distancia o la diferencia: el mismo que fui hace unos años y el que seré dentro de  $x$  años. Quizá por esto muchas veces nos parece que "todo" fue "ayer" y que el tiempo no pasa (o lo que es lo mismo, que el tiempo pasa sin sentir).

### **Subjetividad originaria**

El "yo" no se dice de nadie más que de sí

mismo. Mi yo es mío y de nadie más, de manera que siempre es "sujeto", nunca "predicado". El coche es mío, la mano es mía, pero yo no soy de la mano ni del coche ni de nadie. De mi yo se predicán muchas cosas. Mi yo entiende, mi yo quiere, mi yo come, mi yo decide... No solemos decir "mi entendimiento entiende", "mi voluntad quiere", "mi imaginación imagina". Porque bajo mi entendimiento, mi voluntad, mi imaginación, mi cuerpo, está el yo: soy yo quien entiende por medio de mi entendimiento y el yo quien entiende por medio de mi voluntad, y el yo quien puede hacer una caricia o dar una bofetada.

No decimos, a no ser en broma: "perdona, chico, no he sido yo, mi mano te ha dado una bofetada". No: yo soy el sujeto de todos y cada uno de mis actos; yo estoy en todos mis actos; yo me experimento como origen de mis actos. No son mis ojos los que miran, sino yo; no es mi cuerpo el que acaso está hambriento, sino yo. Bien entendido que yo soy sujeto (sub-iectum, subyacente) no sólo en el sentido de que estoy como "debajo", como activamente emanando y sosteniendo o sustentando mis actos, sino también en el sentido de que yo estoy "en" todos y cada uno de ellos, dándoles vida real en su totalidad particular. Es decir, yo no subyazgo como un substrato inerte, sino como sujeto originario, como fuente de mis actos. Por eso son "míos" y de nadie más, me han de ser atribuidos, y, en última instancia, sólo yo soy apto para "responder", es decir, dar respuesta cabal sobre la razón o porqué de mi conducta.

El río fluye del manantial. El manantial es origen del río, y de una cierta manera está presente en todo el curso del río, el cual no existiría sin su fuente. La particularidad trascendental del yo es que es un sujeto libre y,

por eso, en cierto modo, creador de sus actos (libres). En consecuencia: cada "yo" es sujeto originario y, además, autoposeedor y responsable. En la persona se conjuga la perfección de una substancia con la excelencia de una naturaleza intelectual.

### **Un craso error: el colectivismo**

Yo soy, pues, un individuo (o mejor, un ser singular) que existe subsistiendo en sí y no en otro. No soy un "accidente", "predicado", o "adjetivo" de nadie. Yo no existo sobre algún sustrato más profundo o íntimo que yo mismo, como han pretendido las antropologías colectivistas.

El colectivismo quiere entender la persona como un ser referido enteramente a la sociedad, de manera que sólo tendría existencia y subsistencia gracias al soporte que la sociedad le ofrece. El colectivismo confunde el enjambre con la abeja, el bosque con el árbol, la persona con la especie. En este sentido, hay otro error semejante, a pesar de la diferencia: el de pensar que la persona es una colección de individuos simplemente yuxtapuestos, sin vínculos reales profundos, lo que a la postre viene a resultar lo mismo o peor que un enjambre. No queda espacio para la dignidad personal. Cada uno va a lo suyo. La persona puede llegar a entenderse como una ostra, como una "mónada" a lo Leibniz, sin comunicabilidad real íntima con los demás. Así sucede en buena parte de la filosofía moderna. Como esas teorías, más o menos adobadas, circulan en estos tiempos, conviene subrayar tanto la "subsistencia individual" de la persona como su dimensión social. Pero ahora nos incumbe considerarlas características inmanentes a la persona. La persona es lo más individual que existe (aunque es indivi-

duo en un sentido muy especial).

Nótese que toda persona es individuo, pero no todo individuo es persona. También son individuos subsistentes el elefante, la hormiga, la planta; pero no son personas. La persona implica racionalidad (o, mejor, intelectualidad), al menos capacidad de poder ser consciente de sí (aunque no lo sea en acto), de su mismidad y de su alteridad respecto al mundo; y llegar a decir "yo" con verdadero sentido. La persona tiene una individualidad peculiar, extraordinariamente acusada por su naturaleza racional, que le presta tal capacidad de iniciativa que puede dar origen a sucesiones insospechadas e imprevisibles de acontecimientos en el cosmos.

#### **Autoposesión, dominio de Si**

Siguiendo con la experiencia del yo, advertimos que "ser sí mismo" comporta la experiencia del dominio sobre lo que uno hace. Yo vivo con la convicción de que poseo un conjunto determinado de facultades y potencias con las que entiendo, quiero, actúo, proyecto, etcétera, que son mías. Yo soy dueño y propietario de mis actos y por tanto de mí mismo. "Ser sí mismo" equivale a "ser de sí mismo". ¿De quién es la persona? Es una pregunta que no tiene mucho sentido.

La persona no es ni puede ser de nadie más que de sí misma. El color es del pigmento, el peso es del cuerpo, la medida es de la extensión, el yo no es de nada ni de nadie. La persona es un ser que desde su inicio es completo, acabado, clausurado en su existencia (aunque no en su operación, siempre abierta a nuevos actos, a nuevos horizontes y con necesidad de enriquecerse en su ser con el trato con otras personas).

#### **Experiencia de la libertad**

La experiencia de ser origen y dueño de mis actos comporta la experiencia íntima de la libertad: yo soy origen de mis actos, pero de tal manera que puedo originar un acto determinado o no originarlo, según mi voluntad. Puedo querer o no querer. Puedo incluso querer o no querer mi querer. Esto es lo específico de la libertad: la posibilidad no sólo de querer, sino de querer reduplicativamente, es decir, de poder querer mi querer o no querer y de poder no querer mi querer o no querer. Y si alguien me fuerza a hacer lo que no quiero, entonces se me agudiza más la conciencia de mi pertenencia a mí mismo: me irrito ante la negación de mi necesidad de ser origen de mis actos; me enoja el trato indigno, injusto del que soy víctima; experimento la injusticia al menos por debajo del respeto que se me debe porque corresponde a la categoría ontológica de mi ser. Yo siento la necesidad de hacer las cosas fundamentales "desde mí mismo" y "por mí mismo".

#### **Autonomía operativa**

Yo puedo hacer esto o lo otro. Puedo escoger entre hacer o no hacer, entre hacer esto o aquello. Es decir, la originalidad operativa, que me permite ser fuente de mis actos permite también que yo normalmente sea dueño de mis actos. Y esta capacidad de "dominio" sobre mis propios actos, de ser "dueño de mí", de "poseerme", de "pertenecerme", de "auto-serme" es lo más relevante del ser personal (y supone todo lo anterior). Esto me hace capaz de dominar no sólo mis actividades espirituales, sino también muchas corporales, y muchas de las cosas que me rodean.

El hombre en cierta medida puede dominar el mundo porque es el único ser en el

mundo que es radicalmente "dueño de sí", y por eso es "imagen hecho a semejanza de Dios", como leemos en el libro del Génesis (aunque pueda perder buena parte de ese dominio con el abuso de su libertad)

### **Individualidad (singularidad, particularidad)**

Volviendo un poco atrás: Yo me distingo de todo lo demás, incluidos todos mis semejantes otros "yo", tanto como una manzana se distingue de otra manzana, como un tornillo se distingue de otro tornillo. Pero hay algo más: mi yo es irrepetible. Un tornillo es distinto de otro, pero se puede repetir indefinidamente y por eso es perfectamente sustituible. Pero la persona, no. No hay otro yo como yo. No me distingo de los demás sólo como una manzana a otra manzana, como un tornillo se distingue de otro tornillo, sino como algo que no se puede multiplicar, que no se puede repetir.

La naturaleza humana es multiplicable, de hecho se repite por generación, pero la persona no.

### **Unidad en la complejidad**

Yo soy un ser complejo: uno y complejo. Un ente compuesto de cuerpo material y alma espiritual (irreductible a materia, trascendente a la materia, y por tanto inmortal).

### **Experiencia del yo distinto a mi cuerpo**

Hemos de morir, desconocemos el momento preciso. Somos, como dice Sartre, condenados a muerte que, esperando la fecha de nuestra ejecución fallecemos de una gripe vulgar. Sé con absoluta seguridad lo que un día cualquiera, quizá hoy mismo, le sucederá a mi cuerpo. Pero sé también, todos lo intui-

mos o presentimos, que nuestro cuerpo es distinto de nuestro yo. Todo lo que es pura materia ha cambiado en mí, millones de células mueren en mí diariamente y son sustituidas por otras; a causa de la vejez, períodos extensos de mi vida pueden haberse borrado de mi memoria, pero sé que yo soy el mismo que ha atravesado por esas épocas de las que no puedo acordarme. Un día moriré, quedará el cadáver en la tierra, pero yo seguiré viviendo más allá. Soy algo más, y algo distinto, de esos restos, ruinas de hombre que llevarán al sepulcro.

La materia que hoy constituye nuestro cuerpo es totalmente "otra" de la que teníamos hace unos pocos años. Sin embargo todos tenemos la íntima evidencia de continuar siendo nosotros mismos, yo mismo: mi más íntimo ser permanece, a través del cambio, en cierta modo inmutable. Incluso el anciano exhausto e inmóvil tiene conciencia clara de su identidad personal a lo largo de toda su vida: es consciente de que algo suyo, inaprehensible pero real, ha subsistido siempre intuye que siempre subsistirá. Es lo que designa con la palabra "yo", lo que subyace idéntico en todos los cambios y por eso necesariamente distinto al cuerpo en incesante mudanza. La sustancia del yo y del ser que lo dice no puede ser mudable como lo es el cuerpo, ha de ser una sustancia distinta a la corporal, y por tanto también independiente.

### **Libertad, prueba de la espiritualidad**

La libertad es una demostración de la índole espiritual del alma humana. El acto supremo en el que la libertad se manifiesta es aquél en el que demuestra su independencia, aún mas, su dominio sobre el cuerpo. No está en el mero hecho de escoger, o en el que el

hombre se proyecte según sus posibilidades, como dice Heidegger. El hombre, al elegir o al proyectarse, puede obedecer más o menos conscientemente a mil condicionamientos que le son extrínsecos; elige, por ejemplo, ser médico o ser abogado quizá porque su padre o alguno de sus parientes próximos ejerce esta o aquella profesión. Pero existe la libertad suprema, signo de la espiritualidad del alma: la libertad de decir no, aun yendo contracorriente de mi corporeidad y contra todos los condicionamientos imaginables.

Mi cuerpo, lo que en mí es pura materia, puede estar arrojado a un calabozo inmundado, mis manos y mis pies encadenados, pero a pesar de ello sigo siendo libre, y aun cuando no sea dueño de mi corporalidad siempre podré decir no a lo que se me pide. El hombre es libre porque su espíritu está por encima de todos los poderes terrenos, y son muchos los seres humanos que han demostrado así la victoria del espíritu sobre el cuerpo, el triunfo de lo que no es visible en su ser, sobre aquello que podemos percibir con nuestros sentidos. Escribe Sartre una frase en la que, sin darse cuenta, afirma la existencia del espíritu: "torturar a otro es obligarlo a renegar identificándose con su cuerpo que sufre". Mi yo, mi alma, que es la que da vida a mi cuerpo informándolo, pero siendo distinto y superior a él, siempre puede decir no y si acaso la tortura u otra fuerza extraña me vence, tengo la impresión de haber traicionado mi ser, lo más íntimo de mí mismo, y en el fondo, aun vencido y humillado, continuo para mis adentros diciendo no. Y si aconteciera que este decir no, me llevara a la muerte, marcharía hacia ella no como quien va a terminar su existencia, sino con la íntima e intensa satisfacción de que al desligarse de la corporei-

dad, cuando mi cuerpo se convierta en un cadáver, mi espíritu se verá libre de las ataduras temporales.

Sé que lo que no es materia sobrevivirá, como lo han sabido de un modo u otro pero siempre los hombres de todas las civilizaciones que nos han precedido. Si yo soy ser espiritual, no puedo morir del todo. Heráclito decía, con mucha razón, que si el sol fuese consciente de su ocaso, sería inmortal. Gabriel Marcel gustaba decir: "yo soy mi cuerpo". Esto es verdad con tal de añadir: "pero mi cuerpo no es yo", porque yo no soy sólo mi cuerpo; yo soy más que cuerpo, soy también y ante todo, alma espiritual. Por mi cuerpo soy mortal y por mi alma, inmortal. Mi cuerpo es una dimensión natural de mi yo, pero no tan esencial como mi alma, que puede subsistir sin él.

### **El ser personal trasciende la dimensión biológica**

¿Podría subsistir el ser humano en el mundo si fuese mera vida biológica? ¿Hubiera podido llegar a multiplicarse y formar una pluralidad de miembros, si fuese un producto meramente intracósmico? Es un lugar común la inferioridad de condiciones en que nace el hombre en comparación con otras especies inferiores. Si fuese sólo animal no hubiera podido subsistir.

El hombre es el único ser que no se vale por sí sólo. No nace, como los demás animales sabiendo localizar el alimento y distinguir lo comestible de lo letalmente indigesto. Ya en el siglo IV antes de Jesucristo, Platón escribió en Protágoras el mito de Epimeteo y Prometeo, que son la descripción de la inviabilidad del ser humano como mera biología. La experiencia histórica no ha hecho más que confir-

marla intuición del filósofo griego. De otra parte, la facultad intelectual no puede entenderse como resultado evolutivo de formas inferiores de vida, por lo mismo que la forma de vida del hombre no hubiese logrado subsistir más que un breve tiempo, insuficiente a todas luces para el largo periodo que una evolución semejante requeriría. La pervivencia biológica del hombre sólo se explica si él es fundamentalmente espíritu, ser extra cósmico (es decir, substancia irreductible a materia), que no tanto se adapta al medio, como hacen los brutos, sino que lo transforma y convierte en habitable lo que no lo era.

#### **La superstición materialista**

Es de advertir que esta concepción del hombre como trascendental cosmos es muy razonable, aunque haya quienes no la comprendan. Me parece obvio que hay muchas razones para sostenerla. En cambio, como escribe el premio Nobel de Medicina Sir John Eccles el materialismo carece de base científica, y los científicos que lo defienden están, en realidad, creyendo en una superstición. El materialismo lleva a negar la libertad y los valores morales, pues la conducta sería el resultado de los estímulos materiales. El materialismo niega el amor, que acaba siendo reducido a instinto sexual: por eso, Karl Popper, uno de los pensadores actuales de más prestigio, ha podido decir que Freud ha sido uno de los personajes que más daño han hecho a la humanidad en el último siglo.

Popper trabajó hace muchos años en una clínica de Viena donde se aplicaba el método freudiano y tuvo ocasión de comprobar que el método de Freud no era científico. El materialismo, si se lleva a las últimas consecuen-

cias (que es lo que tiene que hacer cualquiera si científico pretende ser), niega las experiencias más relevantes de la vida humana. Si el materialismo fuera verdad, "nuestro mundo" personal sería imposible, no habría podido llegar a ser. Quien conserve un cierto sentido metafísico por lo demás, natural al ser humano desde que despierta al uso de razón, puede entender perfectamente lo que dice seguidamente John Eccles: Del alma podemos conocer muchas cosas: los sentimientos, las emociones, su percepción de la belleza, la creatividad, el amor, la amistad, la libertad, los valores morales, los pensamientos, las intenciones... Es decir, todo "nuestro mundo"; en otras palabras: lo más específicamente humano. Porque todo esto que acabo de mencionar se relaciona con la voluntad. Y es en la experiencia de la voluntad donde se estrella el materialismo y cae por su base. El materialismo no puede explicar el hecho de que yo quiera hacer algo y lo haga.

De una parte, la actividad cerebral nos permite realizar acciones de modo automático. Hay mucho automatismo en nuestra conducta. Pero también es claro que existe un nivel de conciencia en el que la originalidad de la decisión es patente. Por ejemplo, cuando camino, "quiero" ir más deprisa o más despacio. Incluso podemos envolver casi todo en la conciencia: "quiero" andar con aire de Charlot, pensando cada paso y cada movimiento... Sobre la fácil pero falsa reducción del alma a cerebro es también ilustrativo lo que dice el eminente científico: Hasta hace poco, nada sabíamos de ondas electromagnéticas y de áreas cerebrales, y hay gente que no lo sabe tampoco ahora. Pero todos, y desde antiguo, sabemos de "nuestra vida". Y nuestra vida la expresamos en palabras y acciones, para lo

cual necesitamos obviamente el cerebro, pero también necesitamos muchas veces de la laringe o de los músculos de la mano; y ni la laringe ni la mano son el origen o la explicación de "nuestra vida". Tampoco lo es el cerebro. El cerebro no explica qué es y cuál es el origen de "nuestra vida" humana, personal, inteligente y libre. Desde luego es muy importante investigar sobre la físico química cerebral, pero quien sabe de "nuestra vida" es nuestro "yo", no el cerebro. Y nuestro "yo" no es en modo alguno un producto físicoquímico.

### Concepto de "espíritu"

Este es un concepto que, según Zubiri y la mayoría de los historiadores, escapó a la Filosofía griega. Es, sin embargo, el concepto con el que comienza la especulación metafísica en el Occidente europeo. La filosofía cristiana lo ha depurado y caracterizado, tanto desde el punto de vista positivo como negativo. a) Negativamente: el "espíritu" o "sustancia espiritual" no es un ser extenso, espacial, sensible ni meramente psíquico; tampoco es temporal, aunque viva en el tiempo: sobrepasa y está mensurada por una duración superior al tiempo; es una vida que trasciende a las leyes físicas y a las operaciones biopsíquicas de crecimiento, metabolismo e instintos. b) Positivamente: es una sustancia simple, y por ello indivisible de suyo: constituye un todo en sí misma; es de suyo subsistente: subsiste en sí y por sí, con independencia de la materia; sus operaciones principales entender y querer libremente puede ejercerlas al margen del cuerpo. En consecuencia: es incorruptible e inmortal, y, para existir ha de ser creado por Dios.

### Como se puede demostrar la espiritualidad del alma

Precisamente partiendo de sus operaciones principales podemos concluir que el alma humana es espiritual, por serlo sus operaciones: conocimiento intelectual y volición libre, irreductibles e independientes de la materia. Ahora bien, esta demostración no podrá ser de tipo físico o biológico, en una palabra, empírico. La ciencia empírica no tiene autoridad ni método ni objetivo para pronunciar algún veredicto sobre la existencia o inexistencia de un alma espiritual, precisamente porque, por definición, lo que sea espiritual no puede entrar en el campo de observación de las ciencias que experimentan magnitudes cuantificables de un modo material.

Las ciencias naturales sólo alcanzan objetos materiales y sensibles. Los buenos científicos comprenden bien: que las ciencias naturales no puede decir nada sobre la sustancia espiritual, que es natural que el hombre no reduzca su conocimiento a lo que puede ser conocido, observado y experimentado por la ciencia natural (física, biología, etcétera) que es muy plausible la afirmación de la espiritualidad del alma humana. No se tambalean las pruebas de la espiritualidad del alma cuando algún científico la niega. También lo niegan algunos labradores y poetas, con el mismo grado de competencia que ellos en este asunto. Esto no es nuevo. En el siglo XIII Tomás de Aquino se refiere a la creencia de muchos que pensaban que lo que no es cuerpo no tiene ser, los cuales no tuvieron valor para trascender la imaginación, que versa únicamente sobre lo corpóreo. Opinión que el libro de la Sabiduría (Sab 2, 2) atribuye a los "insensatos" (insipientium), que dicen del alma: "humo y aire es nuestro aliento, y el

pensamiento una centella del latido de nuestro corazón. Sin embargo, los científicos empíricos son personas, y como tales gozan de entendimiento y libre voluntad, por lo que como todo ser humano-, si quieren, son capaces de pensar también al modo del filósofo y comprender que hay una dimensión humana que es imposible explicar por medio de la ciencia empírica. Por ejemplo, en el simposio de la Academia Internacional de Filosofía de las Ciencias celebrado en Bruselas el año 1980 se trató el tema de "lo corporal y lo mental". De ahí salió la obra colectiva "Le mental et le corporel". Allí la mayoría de los científicos y filósofos asistentes todos especialistas conocidos admitían la existencia del espíritu humano, al extremo que provocó cierta irritación en el pequeño grupo que lo negaba.

Por lo demás, la superación del materialismo no va unido necesariamente a creencias religiosas. Importantes pensadores sin ninguna creencia religiosa afirman la existencia de dimensiones humanas irreductibles a lo material. Por ejemplo, tanto Shopenhauer como Popper (contrarios a la creencia en la inmortalidad) entienden que el materialismo radical es la filosofía de un sujeto que ha olvidado tenerse en cuenta a sí mismo.

### **Intimidad e intersubjetividad**

La persona se experimenta como individuo único e irreplicable: incomunicable en cuanto al ser pero comunicable en cuanto al conocer y el querer. Es comunicabilidad la aptitud para la relación intersubjetiva, es decir, la facultad de entrar en relación cognoscitiva y afectiva con todo cuanto existe y muy especialmente con los otros "yo". El yo, de alguna manera, puede apropiárselo todo mediante el conocimiento. Puede salir en cierto

modo de sí mismo y penetrar en la realidad de las cosas, "intus-legere", leer "dentro" de ellas, descubrir su verdad, desvelarla y distinguirla de lo irreal; identificarse cognoscitivamente con todo lo que no es el yo y volver de nuevo adentro de sí y establecer una especie de diálogo consigo mismo en un espacio íntimo, interior, en el que puede vivir como a solas consigo mismo.

La intimidad es autopresencia y supone la capacidad reflexiva. El hombre, la persona, se revela como dotado de una intimidad radical que no es hermética, al contrario, desde ella puede interiorizar todo el mundo. Por lo cual Aristóteles afirmó sin restricciones que "el alma (humana) de alguna manera lo es todo". Aquí se manifiesta ya de una manera muy clara la excelencia del ser personal, que quiere expresar la palabra "dignidad". El hombre es el único ser verdaderamente libre, íntimamente libre, que hay en nuestro universo material. Y esto es así, es posible, porque nuestro horizonte no tiene límite, es estrictamente hablando irrestricto: todo lo que de algún modo "es", incluso el Ser que Es por Esencia (Dios) puede ser objeto de nuestro conocimiento.

### **Que significa "ser libre"**

Ser libre quiere decir, pues: a) que no sólo se es capaz de optar o no optar y de elegir entre diversas opciones. Esta libertad, meramente psicológica, seguramente también la tiene en cierto grado el famoso asno de la fábula - falsamente atribuida al escolástico Buridán. Dice que si un asno hambriento estuviera ante dos montones de paja exactamente iguales moriría de hambre, porque ambos montones le atraerían con idéntica fuerza, lo cual para un ser carente de capaci-

dad de autodeterminación supondría una mortal perplejidad. No lo creo, de ninguna manera. El asno también es libre de escoger entre dos montones de paja iguales, no moriría de hambre en semejante coyuntura; seguro que elegiría uno u otro. Hasta ahí es capaz de llegar el asno. b) Lo que no tiene el asno es el dominio de sus actos, y el hombre sí. El hombre es dueño de sus actos en tanto que se encuentra radical y operativamente abierto a la totalidad del ser, de lo verdadero, de lo bueno, de lo bello. Con sus operaciones de entender y querer -si bien imperfectamente- lo puede abarcar todo, incluso, como ya hemos anotado, de alguna manera, a Dios, al que fácilmente llega si discurre correctamente, guiado por una voluntad que aspira no tanto a bienes particulares como al Bien absoluto. Esa apertura tensa de la subjetividad -sin dejar de ser intimidad- a todo el horizonte del ser, es lo que confiere a la persona la superioridad esencial y la dignidad eminente en el mundo; y revela un ser trascendente al mismo, radicalmente extracósmico.

La apertura al Bien absoluto origina una natural "tensión" de la voluntad a ese Bien, que no puede "descansar" en ningún bien particular, finito o limitado. Por eso ninguno de éstos es capaz de dominar o determinar nuestra voluntad, que ante lo limitado permanece siempre dueña de sí. No por indiferencia ante los bienes parciales, sino porque goza de una tensión más vigorosa al Bien total que le deja dueño de sus naturales inclinaciones a todo lo que, siendo atractivo, no es el Bien absoluto. Al hombre puede atraerle mucho cualquier bien finito, pero como su ser es "tendencialmente infinito" nunca queda determinado -atrapado, encadenado- del todo por lo finito. Esta superioridad viene dada

por la categoría, "densidad" o, si se prefiere, "intensidad" de la sustantividad de su ser, que le sitúa por encima de todas las posibilidades de los seres irracionales, por evolucionados que sean, por perfectos que hayan llegado a ser.

La perfección de la persona no es sólo un grado más de una supuesta evolución perfectiva, sino una perfección esencialmente trascendente a todo el cosmos. La persona tiene un principio y un desarrollo vital extra cósmicos. Gracias a este dominio sobre sus propios actos, el hombre puede llegar a dominar a los demás seres del universo. El Génesis es ilustrativo, y aun cuando no se considere aquí su carácter de Libro inspirado por Dios, preciso es reconocer que acierta cuando dice que Dios creó al hombre -macho y hembra los creó- y les dijo: "llenad la tierra y dominadla".

#### **Excelencia del ser personal**

Tomás de Aquino afirma que persona significa lo que hay de más perfecto en la naturaleza. Es lo que participa más plenamente en el ser; es el más alto grado que puede darse de participación en el ser. La persona es "más ser" que los demás seres no personales, hasta el punto de que no puede derivar de nada anterior. La persona es de tal entidad que sólo puede tener un origen divino, es decir, sólo puede proceder por creación "ex nihilo" (de la nada), por la omnipotencia de Dios.

#### **La persona es mas que individuo de una especie**

La persona es, pues, mucho más que un "simple individuo de una especie". Ya hemos dicho que posee "interioridad", capacidad de "reflexión" y por ello de "autodeterminación", de "dominio de sí". Es un sujeto "sui iuris",

como de antiguo se dice. Su "yo" es singular, insustituible, intransferible e irrepitible. Nadie puede decir "yo" en su lugar. Llegamos así al punto que nos habíamos propuesto desde el principio y que consideramos de enorme interés. Quizá no se había llegado a una formulación precisa y coherente de ello hasta estos últimos lustros. Y ha pasado al dominio general de los estudiosos gracias, principalmente, a la antropología filosófica y teológica de Juan Pablo II. Con su magisterio, ha hecho posible que ya nadie pueda pensar que ofende a Dios si dice que la persona es un fin en sí misma. No hay dialéctica entre la gloria de Dios y la gloria del hombre, al contrario, la gloria de Dios es como dice un Padre de la Iglesia precisamente "que el hombre viva"; en otros términos, que el hombre llegue a ser todo lo que deba ser, que aparezca con toda la dignidad que le corresponde por ser criatura, hecha por Dios a su imagen y semejanza.

Es Dios quien está interesado en subrayar la dignidad de la persona humana, de modo que no le hacemos ofensa, al contrario, cuando nosotros la subrayamos. Lo absurdo, o si se prefiere, "in-sostenible" sería -es- presentar esa dignidad desvinculada de la dignidad de Dios creador. Este fue el pecado de Eva y de Adán: quisieron ser como Dios, pero no como los hijos se asemejan a sus padres, sino como dioses autónomos y autosuficientes; como si pudiesen organizarse una existencia estu- penda al margen de Dios, como si ellos pudiesen sostener por sí mismos su ser y su dignidad. Esto es el pecado, ésta es la gran mentira. Nuestra dignidad es prestada, como nuestro ser. Lo que sucede es que Dios nos da el ser, y con el ser la dignidad que le corresponde, y lo hace con tan generosa perfección,

-por decirlo de algún modo-, tan suavemente, que lo que es suyo -el ser y la dignidad- pasa a ser, por participación, verdaderamente nuestro. De manera que mi yo sin Dios no es nada, pero por El y sobre todo con El y ante El, mi yo es tan mío que es -si nos está permitido hablar así- enteramente mío y yo mismo. Mi vida es un don divino, tan divino que parece autosuficiente, tan divina que cabe sentir la tentación de querer "ser Dios". Es ciertamente algo tan divino la persona, que Dios me quiere por mí mismo. "El hombre -enseña el Concilio Vaticano II y repite incansablemente Juan Pablo II-, es la única criatura que Dios ha querido por sí misma", es el único ser de este universo que Dios quiere por sí mismo. Dios me ha creado no para servirse de mí. ¿En qué podría yo servir a Dios, en el sentido de aportar algo a su Vida? ¿Hay algo que Dios no tenga que yo le pueda dar? Dios me ha creado para darse El a mí, para que yo -querido por mí mismo- sea eternamente feliz con El, en El y por El, con su Amor, en su Amor, por su Amor.

#### **La persona es un fin en sí misma**

La persona, para Dios, no es un medio, sino un fin; tiene dignidad no de medio, sino de fin; no de instrumento, sino de sujeto con valor último. Con motivo infinitamente más grave, ninguna criatura tiene derecho a tratar a otra persona como "su" medio o "su" instrumento. La persona creada no puede considerarse como un simple medio para la perfección del mundo o de una especie, aunque se trate de la humana. La persona no existe sólo para representar una especie, como acontece a los individuos irracionales, que no tienen dominio de sí, ni del mundo, ni saben lo que hacen, ni para qué lo hacen, ni para que sir-

ven. La persona no ha sido creada por otro fin distinto de ella misma. La persona no es "para" nadie en el sentido de "medio" o "instrumento" utilizable para alcanzar los fines de "otro", ni siquiera de Dios.

### **Las personas creadas no son fin de sí mismas**

Ahora bien, no es menos cierto que siendo la persona un fin en sí misma no es en modo alguno fin de sí misma. Las personas creadas no son "último fin de sí mismas". Último fin sólo es Dios. Pero insisto, Dios nos crea no como "medios" para obtener El algo que no tenga o no pueda. Esto es imposible. Si decimos que el fin del hombre es dar gloria a Dios, no queremos decir que Dios "necesite" que le demos gloria, sino que nosotros necesitamos dar gloria a Dios para ser hombres cabales, perfectos, intelectual y afectivamente "satisfechos". Dios no me ha creado para convertirme en "medio" de conseguir algo "para El". No; El me ha creado por amor, porque El es amor. Y me ha creado para el amor, para amarme y para que yo encuentre en El la infinitud de la perfección, que no es otra cosa que Amor. En rigor, a Dios sólo le interesa el amor, precisamente porque El es Amor. Tan es así, tanto ama nuestra personidad, y nuestra libertad, que incluso corre el riesgo de que la usemos mal y nos condenemos eternamente a no amar ya nunca más; que elijamos la aberración de no amarle. Porque lo único que le interesa es que amemos, y no de cualquier manera, como, por ejemplo, el ratón ama el queso y va flechado a él si tiene hambre; sino como seres libres, que quieren porque quieren, en otras palabras, que aman porque eligen amar, es decir, que aman con un amor que no es de necesidad sino de á dilección. Este

es el amor más alto y perfecto, este es el amor con que Dios lo ama todo, que en la criatura (que nunca pueda ser infinita en acto perfecto), con lleva el riesgo de poder elegir no amar y no querer al Amor. Misterio no pequeño, ciertamente, es esa "predilección" de Dios por el amor dilección, que lo quiere de tal modo que corre el riesgo de la traición. Esto no lo entendemos del todo porque no podemos tampoco entender hasta el fondo la hondura de un Amor infinito. En la medida en que se conoce el Amor -es el caso de los santos- se entiende la decisión divina. Cuando alguien está muy unido a Dios por el amor, entiende más el amor, la libertad, el infierno y el cielo, en fin, el valor inmenso de cada persona, la encarnación del Verbo, su nacimiento en Belén, su trabajo en Nazaret, su salir al encuentro de las gentes, su pasión, su cruz y su resurrección.

### **Lo justo es el amor**

El valor de la persona es tal -escribía el entonces Cardenal Karol Wojtila, hoy Romano Pontífice Juan Pablo II- que ante ella sólo el amor es la actitud justa. Y el amor quiere al otro por sí mismo, no porque le sirva o resulte útil. La persona no se encuentra en la lista de las cosas "útiles" o "instrumentales". Por eso dice A. Rodríguez Luño: "siempre que tu acción se refiera a la persona, propia o ajena, no olvides que no estás ante un simple medio instrumental; ten en cuenta, por el contrario, que ella tiene también su propia finalidad." Dios no nos crea y ama porque le resultemos "útiles".

Dios nos amaría aunque estuviésemos paralíticos del todo, aunque "no sirviéramos para nada". Dios no nos ha creado para "servir-le" sino para amar, para amarnos y para

que le amemos. Y resulta que al amarle, nuestro mayor gozo es servir a sus designios de amor sobre la Humanidad. En el fondo, cuando el hombre es generoso con Dios, al querer a Dios, quiere lo que Dios quiere, y sin querer está sirviendo a toda la humanidad y a sí mismo. Dios nos trata con gran "reverencia", dice la Escritura. Pues bien, si esto es así, si Dios se niega a tratarnos como "medios" o simples "instrumentos", quiere decir que cuando la criatura humana trata a otra criatura humana como "medio" de satisfacer sus caprichos o sus apetencias personales, por legítimas que éstas sean de suyo, ofende gravemente al Creador, porque está tratando a la persona como una cosa, está asumiendo un dominio sobre el otro que ni siquiera Dios reclama para sí.

#### **Una consecuencia práctica para la bioética**

La pareja que se crea con "derecho" a "tener un hijo", está negando al hijo la cualidad y los derechos de la "persona"; niega de hecho que sea "un fin en sí mismo" y lo convierte en "medio" para satisfacer las propias apetencias, cosa que no hace ni el mismo Dios. No cabe olvidar que en ningún caso el fin bueno justifica un comportamiento intrínsecamente malo. Y, sin duda, tratar a la persona como medio, es muy grave.

La persona que se arroga el "derecho" no de engendrar mediante un acto de amor (único modo digno de poner en la existencia a una persona), sino de "producir" el ser de otra persona, está tomando a la persona no como lo que es y ha de ser -un don del Creador-, sino como una cosa de la que puedo disponer a mi antojo, como algo que está a "mi servicio", como un "medio" de satisfacer apeten-

cias que pueden ser muy nobles, pero que no justifican la reducción de lo que sustancialmente es fin, a un simple "medio para mí". Ya se comprende que instrumentalizar, objetualizar, cosificar de un modo u otro la persona es algo monstruoso: éticamente, o lo que es lo mismo, humanamente hablando es una barbaridad, un acto salvaje, vale decir un "sacrilegio", porque no en balde se ha dicho siempre en el cristianismo y aun al margen de él, que la vida humana - toda vida humana - es sagrada. Y lo es cualquiera que sea su raza, su buena o mala formación o su pequeño o grande tamaño.

#### **Finitud e indigencia**

La persona humana no puede vivir sólo en su intimidad y de su intimidad. La autoposesión y autonomía no equivale a autofundamentación o autosuficiencia. La persona humana no sólo tiene un cuerpo que requiere de un ámbito del que nutrirse, en el que moverse y respirar, en definitiva, subsistir. Su ser y su vivir es finito: no es pleno ni autosuficiente. Incluso su vida íntima necesita nutrirse de lo que no es él mismo: del conocimiento de cosas que no son "yo" y del amor de "yo es" que no son "yo".

#### **La persona no crea el sentido de su existencia**

No es creadora de sí. Su sentido se lo da el Creador. Está sujeta a un orden ético objetivo. Esta obligada a ciertas prestaciones sociales y profesionales. Incluso en casos extremos puede y debe hacer un sacrificio personal notable y total, que coincida con la realización más excelsa y la valoración más plena de su personalidad ética.

Todo esto se encuentra en las raíces éticas

de nuestra civilización y su fundamentación última se halla en el hecho de la Creación (Dios). Además, a la luz de la Revelación la personase ve realizada al presentarse como imagen hecha a semejanza de Dios y llamada a la filiación divina en Cristo Jesús. Dios ha creado al hombre para que sea señor de sí mismo y del mundo: "Creced y multiplicaos y dominad la tierra..." Todo el universo nuestro ha sido creado para ser dominio del hombre; para que el hombre sea señor del universo. ¿Cómo se hará esto? Mediante el conocimiento científico y las técnicas que de él se derivan. Pero la ciencia y la técnica servirán al señorío del hombre sólo si de veras "sirven" al hombre, es decir, si respetan y velan por la dignidad de la persona humana, si tratan a la persona no como un medio, sino como un fin. Pero si la ciencia y la técnica se utilizan para "cosificar" al hombre, para convertirlo en un medio para otros individuos o colectivos, en objeto de experimentación o en simple instrumento de placer, entonces sería mejor ignorarlas completamente. Desvelar cada vez más

la dimensión inconmensurable de la persona, es lo que todos, científicos y humanistas, obreros y empresarios, eruditos o ingenuos, habríamos de hacer sin cansancio. Si así lo hacemos, estoy convencido de que el futuro nos va a sonreír. Pero cuando alguien habla con "esperanza en el futuro", yo le pregunto o, al menos, me pregunto: "¿y quién es el futuro? ¿quién es "ese señor"?" La respuesta habría de ser: ese "señor" al que me refiero -si es alguien- no puede ser otro que el Señor de la Historia. Es Dios, que no era ni será, sino que sencilla y magníficamente ES. Y así la esperanza no es un simple deseo de que las cosas vayan mejor, sino un saber cierto: si yo hago esto, es seguro que el futuro me sonríe. Mi deseo, al terminar por hoy estas reflexiones en voz alta, es que, de hecho y de verdad, el futuro les sonría a todos ustedes, ampliamente. Nada más.

(La Primera parte de este estudio se publicó en la revista Cuadernos de Bioética, n° 13, 1° 1993)